Textos del autor Julio Cano Montoya

SÍMBOLO

Es un ciprés mi corazón, y tristes

Aquí en su cementerio,

Cubre su sombra multitud de tumbas,

Con multitud de muertos.

El viejo enterrador del camposanto

De mi alma es el tiempo;

Y él es quien a la sombra de esas ramas

Sepulta mis afectos.

Todas mis ilusiones y mis dichas

Ha tiempo que murieron,

Y a todas las abriga cariñoso

El ciprés de mi pecho.

Él seguirá guardando entristecido

Sus venerables restos,

Y regando sus hojas como lloro

Sobre sepulcros yertos.

¡Mas, como al fin, por el dolor vencido,

Irá su tronco al suelo,

Sus ramas, como cruces en las tumbas,

Pondrá el sepulturero!

EL GALLINAZO

Su baja condición sin pretensiones,

No le impide volar en una altura

Donde su pobre vida esté segura

De todas las humanas agresiones.

Y, desde allá lanzar sus deyecciones

-para consolación de su amargura-

Sobre la microscópica figura

De los que abajo, usamos pantalones.

Pero él, el gallinazo, no es un necio;

Y mientras se le mira con despreio

Cuando baja a la tierra; inteligente

Inspector del aseo, sin reposo,

-de su misión higiénica celoso-

Limpia las inmundicias, diariamente

NUPCIAL

Barre la noche con materno instinto

Los lívidos celajes postrimeros,

Y en la desolación de los potreros

Tiende su manto de negruras tinto.

Luego, al través del lóbrego recinto,

El cielo acribillado de luceros,

Con brochazos de luz, en los esteros

Borda un maravilloso laberinto.

Solloza el agua, convulsivamente,

Con los húmedos besos del ambiente

Saturados de voluptuosidad…

Y sobre sus idílicos amores,

Vibra un epitalamio de fulgores

En las pupilas de la inmensidad.

PAVESAS

Al hacerle la autopsia los doctores,

Queriendo averiguar de qué había muerto,

El pobre loco aquél, tan conocido

De todos en el pueblo;

Hallaron en el sitio, en que debiera

Estar el corazón, un trozo negro

De una materia blanda, que aún olía

A carne puesta al fuego.

Con esta rara novedad, quedaron

Los eminentes médicos, perplejs,

Y casi habían perdido la esperanza

De aclarar el secreto

Cuando el doctor más joven, y por ende,

El más curioso observador, entre ellos,

Buscando en la cartera del difunto,

Les revelo el misterio.

¡Allí guardaba escrita el desdichado,

Toda la historia de su amor primero,

La historia de un amor infortunado

De lágrimas de duelo!

Pues, según constan allí, la ingrata aquella

Que extinguió la razón e su cerebro,

No hizo caso jamás de sus amores

Ni le escuchó sus ruegos

…..

¡Y entonces fue el diagnóstico seguro;

Según unánime opinión entre ellos

Carbonizole el corazón, no hay duda,

Al loco aquel, de su pasión el fuego!

A PEREIRA

Con motivo de la llegada de la primera locomotora

Para don Valeriano Marulanda

Patria, de pie, mirando hacia la altura!

Que ya tocó a tus puertas el progreso:

Digno huésped que llega en tren expreso

A rendirle tributo a tu hermosura.

Con tu característica ternura,

De anhelo juvenil en un exceso,

Pon en la frente del viajero un beso

Que lo una a ti, con férrea ligadura.

Y que la avive el fuego de tus venas,

Y rompa para siempre las cadenas

Que te ligan al vil estancamiento

Del prejuicio vulgar; y, de la mano

Con el perinclito Progreso humano,

Vueles en pos de un libre advenimiento.

Fuente: http://pereiraensuliteratura.blogspot.com/

Fuente: http://portalliterario.utp.edu.co/poetas/381/textos-del-autor-julio-cano-montoya